



El espíritu estadounidense

Erich Fromm
(1968f-sp)

“El espíritu estadounidense”, in: Erich Fromm, *Ética y política*. Obra póstuma III, a cargo de Rainer Funk, Barcelona - Buenos Aires - México (Ediciones Paidós, Paidós Studio 94) 1993, pp. 18-31. - Este original se redactó en octubre de 1967 para su publicación en Newsday. Llevaba por título The Condition of the American Spirit y recogía muchos temas (incluso con repetición de algunas frases) del difundidísimo diagnóstico del espíritu estadounidense que publicó Fromm en 1955 bajo el título The Present Human Condition (1955c, GA V, págs. 267-272).

Copyright © 1968 by Erich Fromm; Copyright © 1990 and 2011 by The Literary Estate of Erich Fromm, Ursrainer Ring 24, D-72076 Tuebingen, Germany; E-Mail: fromm-estate [at-symbol]fromm-onlinecom. – **Translation** into Spanish by Eloy Fuente Herrero.

En un siglo, el poder de Estados Unidos y sus recursos económicos, políticos y militares han alcanzado cimas inauditas y todavía no parece haber término para esta ascensión. El espíritu estadounidense, ¿ofrece el mismo cuadro impresionante y prometedor?

Para quienes el „espíritu“ no es más que la actitud psíquica que hace posibles estos éxitos económicos y militares: energía, disciplina, responsabilidad y valor (y quizá sigan siendo mayoría), el espíritu estadounidense, por la misma lógica de sus premisas, tiene que gozar de un estado de salud muy satisfactorio. Pero hay otros muchos (cuyo número va aumentando) que no pueden olvidar del todo la sentencia bíblica: „¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo si pierde su alma?“ [San Lucas, 9, 25]. Entienden que el „espíritu“ que sirve a la producción material no es lo mismo que el „alma“; que mientras uno gana, la otra puede perder.

¿Cómo verá el historiador futuro nuestra sociedad de hoy? ¿Confirmará la comparación que ha hecho WKC Guthrie entre la sociedad helenística, de trescientos años antes de Cristo, y la nuestra? „La creciente sensación—escribe Guthrie—de nulidad y desamparo del individuo, e incluso de antiguas unidades políticas y sociales, ante fuerzas poderosas e inmanejables que parecen moldear los acontecimientos con la impersonal inevitabilidad del sino tenía un efecto sobre la mente humana que no es distinto al de nuestra era.“ ¿O estará de acuerdo con la afirmación de Stringfellow Barr sobre la sociedad romana en su apogeo, de que los romanos padecían tres aflicciones: angustia, soledad y aburrimiento, y que convertían, como nosotros, estas tres dolencias en afán de poder? No hará falta decir que tales analogías con épocas pasadas no demuestran nada en sí mismas. Como toda analogía, no hacen más que señalar un problema y estimulan a analizar el fenómeno más reciente, para así decidir si tienen un significado más que accidental.

Permítanme empezar señalando un comentario mío de hace muchos años sobre una situación más reciente, en *El miedo a la libertad* (E. Fromm, 1941a): la intensa angustia que abrumó al hombre occidental tras la ruptura del orden medieval. El hombre se había *liberado* de las cadenas de una sociedad feudal, estática, fija, pero se encontró aislado, angustiado, solo, y venció este malestar entregándose a una furiosa mamá de trabajar y tener éxito. Movilizó todas sus energías para el trabajo, con lo que trató de escapar de



su aislamiento y angustia. Uno siglos después, había creado un nuevo orden social, el de la sociedad industrial, en el que pudo obtener buen grado de seguridad (al menos, si era de clase media o alta). Era „dueño de sí mismo“, aunque sus éxitos se debiesen a la ruda explotación de los millones de arrinconados por el sistema. Lo que ha venido sucediendo, a ritmo cada vez más rápido, desde comienzos del siglo xx ha sido algo parecido, y quizá mucho peor, que lo ocurrido al terminar la Edad Media.

Ha habido una revolución, quizá tan importante como las revoluciones francesa y rusa, pero lenta y sin violencia. Pocas cosas han seguido siendo las mismas, excepto el nombre de „capitalismo“, o „régimen de iniciativa privada“. La empresa pequeña y mediana está desapareciendo, o pierde importancia. Las empresas gigantescas, propiedad legal de cientos de miles de personas, pero administradas por una pequeña clase directiva, dominan la economía estadounidense (las doscientas mayores empresas arrojan más del sesenta por ciento de la producción industrial del país). Ha llegado la era del „hombre-masa“. Ya no hay una clase obrera hambrienta (aunque sigue habiendo una minoría de parias, por pobreza y falta de instrucción, principalmente, aunque no de forma exclusiva, negros). Hay coches, radios, televisores, lavadoras, tiempo libre y comida suficiente para todos, excepto para la minoría „subdesarrollada“. Hay una burocracia centralizada y bien intencionada, a la cual el individuo tiene que adaptarse, en conducta, pensamiento y constitución psicológica. Y sólo quienes se adaptan consiguen los mejores trabajos y ascensos.

El entorno ha cambiado también enormemente. Los aviones a reacción, los cohetes, los viajes espaciales, la llegada a la luna, el descubrimiento de la física nuclear, con sus consecuencias prácticas en la energía y las armas nucleares, y la posibilidad de aniquilar todo tipo de vida, o por lo menos la civilización occidental, han transformado la idea del mundo.

Estos cambios han tenido un efecto semejante al de los que ocurrieron a comienzos de la Edad Moderna. El hombre vuelve a estar atemorizado, angustiado y aislado. No puede comprender estos cambios ni conoce sus causas. No tiene ni idea de adonde van a llevarlo. No ha encontrado todavía un nuevo marco de orientación y lealtades que se ajuste a la transformación de su mundo. ¿Cómo reacciona ante esta angustia?

De muchas maneras diferentes. Una, reprimiendo la angustia y la sensación de impotente aturdimiento al aferrarse obstinadamente a las antiguas formas de pensar y obrar. Otra, buscando una cabeza de turco a la que culpar de haber perturbado la antigua armonía con sus hostiles manejos. Estas cabezas de turco concitan un odio fanático como único obstáculo a la seguridad y la paz. Otra manera de reaccionar a la angustia es escapar hacia el rebaño, buscar abrigo en la gran organización, el Estado, la opinión general, etc. Como un niño que busca en su madre consuelo de una pesadilla, así el hombre atemorizado de hoy busca consuelo en la Gran Madre actual: la Organización.

Otra manera, que tiene importancia universal, y se combina con alguna o todas las ya citadas, es la pasión por el consumo. Muchas personas conocen por propia experiencia un ejemplo de esta relación entre la angustia y el ansia: pueden sentir de repente un deseo intenso de comer, un deseo que no es semejante al apetito ni al hambre corrientes, sino una pasión casi irresistible, independientemente del tiempo que haya pasado desde la última comida. Si tienen energía para dejar de comer, volverán a sentir la angustia que habían acallado comiendo. Otras compensaciones parecidas son la pasión de comprar cosas, de beber, de fumar; y lo que suele creerse un instinto sexual verdadero es también con frecuencia una escapatoria y una compensación de la angustia. Así, el hombre se ha



convertido en un „consumidor total“. „Absorbe“ bebidas, comidas, cigarrillos, lecturas, vistas, libros y películas: todo se consume, todo se traga. El mundo es un solo objeto grande para su apetito: una botella grande, una manzana grande, un pecho grande. El hombre ha llegado a ser el mamón, el eternamente expectante... y eternamente decepcionado.

No hará falta decir que tal pasión de consumir está relacionada con nuestro sistema industrial. Gran parte de nuestra producción sirve a esta „evasión por el consumo“. Y, por motivos económicos, cierto sector de la industria seduce al individuo, con todos los medios posibles de sugestión, y refuerza su manía de consumo. (Parece que nuestra histórica guerra a un narcótico relativamente inocuo como la marihuana está haciendo de ella una víctima propiciatoria de nuestra manía universal de consumo, en general, más nociva psicológicamente que este narcótico, el cual, sin embargo, carece del apoyo de poderosos intereses, como el que tienen el tabaco y los licores.)

Hay otro rasgo característico del hombre moderno estrechamente relacionado con la angustia y el aturdimiento: su sensación de impotencia. Ya puedo oír muchas objeciones a esta afirmación: ¿No siente el hombre contemporáneo que ha llegado a dominar la naturaleza? ¿Que ha encontrado la llave de la energía atómica? ¿Que ha traspasado el umbral del concepto tradicional del espacio, al avanzar por el espacio extraterrestre? ¿Se siente impotente el ciudadano estadounidense de hoy, cuando ha extendido su poder por casi todo el mundo, con excepción de los países comunistas y de unos cuantos neutrales? ¿No es su poder el mismo que el de su predecesor romano, cuya frase más orgullosa era: „Soy ciudadano romano“?

Todo esto puede ser cierto, pero no debemos olvidar que el poder tiene dos sentidos. Está el poder *sobre* algo, el poder sobre la naturaleza o sobre las personas. Pero está también el poder *de*: el poder o capacidad de pensar, de amar, de sentir profundamente, de crear y, como dijo una vez Nietzsche, el poder de prometer. Por decirlo de otra manera, el „poder de“ deriva del sentido del yo, del sentido de identidad, de independencia, por el cual yo me experimento como sujeto de mi experiencia auténtica, de mi sentimiento, pensamiento y acción y, por tanto, me siento potente. En cambio, experimento el „poder sobre“ como la facultad que tengo de ser parte, o extensión, de la máquina, programada para ejecutar ciertos actos que sólo requieren inteligencia y energía, pero no actividad del „alma“. Se siente poderoso el hombre al volante de los potentes coches deportivos, pero en su relación con sus semejantes y consigo mismo puede sufrir una sensación de suma impotencia. Aunque confunde fácilmente el poder de la máquina con el poder del hombre, con su poder.

El hombre contemporáneo se siente impotente, no sólo porque no comprende los cambios revolucionarios ocurridos, sino, sobre todo, porque, en cuanto individuo, tiene que vérselas con burocracias gigantescas: de la economía, del Estado, de las fuerzas armadas, etc., que son impersonales, y para las cuales el individuo es sólo un número que utilizar para el desarrollo y buen funcionamiento del conjunto. No es que se trate mal al individuo. Al contrario. Lo tratan como parte valiosa de la maquinaria, una parte en cuya instrucción ha invertido muchísimo la sociedad, y lo tiene bien alimentado, bien vestido y entretenido en el modo y grado que parecen necesarios para su buen funcionamiento y sin roces.

Es libre. Pero su libertad es, principalmente, la de escoger entre las diferentes marcas de productos y diversiones que compiten por su favor. Es libre de pensar y decir lo que piensa.



Se trata de una gran ventaja, pero no son demasiados los que se sirven de ella. Prefieren creer que los tópicos leídos expresan sus ideas originales y que no merece la pena pensar cosas que, dichas, podrían redundar en propia desventaja.

Pero, más que nada, se sienten impotentes al saber que no pueden influir en las decisiones, ni siquiera las que versan sobre la vida o la muerte, suya y de sus hijos. Los ciudadanos que votan por un candidato a la presidencia o a diputado al Congreso, los accionistas que votan en una reunión de la empresa y los obreros que votan por una lista sindical: todos ellos no cumplen más que una función en gran parte ritual. El que las cuestiones sean complejas y las circunstancias cambien a menudo repentinamente dificulta ya bastante la participación activa. Pero si estas dificultades pueden resolverse, hay otras de solución casi imposible.

Los representantes del pueblo constituyen un grupo de profesionales, muchos de ellos—aunque no todos—interesados principalmente en obtener un beneficio propio. Y no hay ninguna maquinaria que permita al individuo expresar una opinión e influir sobre los acontecimientos expresándola, todo lo cual es tanto más grave por ser escasa la información, y a menudo tergiversada. Pero ni siquiera esto es lo peor. Lo peor es que el ciudadano medio no está adiestrado en el pensamiento crítico. Se deja llevar fácilmente por un argumento plausible, pues no ha adquirido el hábito de concentrarse y penetrar el meollo de un asunto. Hay, en efecto, una doble relación entre el pensamiento y la acción. Siendo cierto que para obrar justamente hay que pensar justamente, también es cierto que el propio pensamiento sobre los actos sólo funciona bien cuando está conectado con un acto. Cuando es impotente para influir en nada, se convierte en algo débil y confuso.

¿Ayuda hoy al hombre la fe religiosa a superar su aislamiento y su sensación de impotencia? Debería ayudarlo. De hecho, la idea de la fe es precisamente que el hombre se apoye en sus convicciones, no que corra de acá para allá preguntando por la solución justa, para adoptar finalmente la más popular. El budismo, tanto como el judaísmo y el cristianismo, fueron religiones revolucionarias. De hecho, los Evangelios fueron „un escándalo para los griegos“. Nosotros, al contrario, utilizamos símbolos que pertenecen a una tradición religiosa genuina para transformarlos en fórmulas que sirvan a los fines del hombre enajenado. La religión se ha convertido en gran medida en una cascara vacía. Se ha transformado en un ejercicio práctico para aumentar las propias posibilidades de éxito. Se ha convertido a Dios en socio comercial. *El poder del pensamiento tenaz¹ sucede al Cómo ganar amigos e influir sobre las personas².*

Con el amor al hombre pasa lo mismo que con el amor a Dios. El amor al hombre también es un fenómeno raro. Los autómatas no aman. Los hombres enajenados no hacen caso. Lo que encomian los expertos en amor y los consejeros matrimoniales es una relación de equipo entre dos personas que se manipulan mutuamente con las técnicas apropiadas y cuyo amor es esencialmente un egoísmo dual: un refugio para una soledad de otro modo insoportable.

¿Cómo podría ser de otra manera, puesto que toda nuestra civilización industrial desalienta, en realidad, todas las actitudes que exige nuestra tradición religiosa?: las de amor al semejante, de humildad, de superación del narcisismo y del ansia y codicia de todas las cosas. ¿Es esto lo que tratan de lograr la mayoría? Está claro que no. De hecho, si

¹ Título del libro del párroco Peale, trad. de Jaime Díaz Rozzotto (Gri-jalbo), Barcelona, 1988.

² De Dale Carnegie, trad. de A. Jiménez Román (Edhasa), 14a. ed., 1988.



lo lograsen, esto no supondría ningún éxito en un medio que recompensa precisamente las cualidades que, para el Antiguo y el Nuevo Testamento, tanto como para el budismo y el taoísmo, son vicios. Nuestra civilización industrial alimenta el egoísmo del hombre, su codicia de cosas, de poder y de prestigio; y desalienta el desinterés y la humildad en todas sus manifestaciones, excepto, quizás, en la guerra. De hecho, lleva a la idolatría.

¿Qué son ídolos y qué es idolatría? El ídolo es una cosa hecha por la mano del hombre, pero una cosa ante la cual él se inclina, como si él fuese el esclavo y la obra de su mano fuese el amo. Cuando se inclina ante el ídolo, no está completamente vivo, porque se hace adorador de una cosa que no es viva. En vez de ser un sistema abierto, con la posibilidad de evolución imprevisible, el idólatra se convierte en un sistema cerrado, tan cerrado como la imagen que adora.

Actualmente, entendemos los ídolos como los de hace miles de años: Baal, Astarté, Venus, Zeus y la imagen del emperador romano. Nosotros pensamos que, por „crear“ en Dios, no podemos ser idólatras. Sin embargo, también adoramos la obra de nuestras manos y las circunstancias que nosotros creamos, aunque les damos otros nombres y no las entendemos conscientemente como sagradas. Pero demostramos que nos son sagradas por nuestra disposición a morir por ellas... y, lo que es peor, a vivir por ellas.

¿Qué ídolos son éstos? La organización, el Estado, el poder, el „futuro“, el consumo ilimitado, y hasta Dios ha sido transformado en ídolo. Idolatría es lo mismo que, en filosofía más reciente, se ha llamado „enajenación“. El hombre enajenado se ve enfrentado a cosas y circunstancias que están por encima y en contra de él aunque son obra de su propia mano. Ha creado un mundo de instrumentos poderosos y circunstancias complicadas, pero ha perdido su dominio. Está dominado por sus propias obras. Hace sus instrumentos cada vez más potentes y, en consecuencia, se siente cada vez más impotente. Un profundo teólogo estadounidense, Harvey Cox, ha expresado este fenómeno en términos religiosos. „Dios ha puesto el timón de la historia en manos del hombre, pero el hombre se ha tendido en su coya, dejando el barco a la deriva“. ¿Qué ejemplo más brutal de enajenación podría haber que el de la bomba nuclear, producto del genio intelectual del hombre y, sin embargo, amenaza para todos, amenaza que, a pesar de todas las tentativas, no ha podido dominar de tal manera que deje de presagiar su extinción?

Hoy, el hombre no sólo se siente impotente, aislado y angustiado, sino que también está enormemente aburrido. ¿Cómo puede ser, preguntarán muchos lectores incrédulos, o aun indignados, cuando precisamente uno de los rasgos más estimables de nuestra cultura es que nunca estamos aburridos? Vemos la televisión hora tras hora, cogemos el coche, vamos de viaje, acudimos a reuniones, etc. No estamos ni un minuto desocupados desde que nos despertamos hasta el momento en que vamos a dormir. En efecto, *conscientemente* no estamos aburridos; pero, quisiera preguntar, ¿qué aburrimiento mortal se tendrá para que el más huerro entretenimiento televisivo, la vana charla social y las películas obscenas y sensibleras resulten un „alivio“ satisfactorio? En realidad, empleamos mucho esfuerzo en ahorrar tiempo, pero después no sabemos qué hacer con él: sólo sabemos „matar el tiempo“ que hemos ahorrado.

El aburrimiento tiene que ver con la falta de vivacidad interna, actividad positiva, relación auténtica con el mundo, interés verdadero por todas las cosas que están a nuestro alrededor; y principalmente, con la falta de amor a la vida. El aburrimiento es lo contrario de la alegría, pero el hombre moderno sabe poco acerca de la alegría. Sabe qué es el placer, qué es la diversión, qué es la admiración por algo; pero la alegría, ese sentimiento



profundo, ardiente, que no requiere estímulo ni aparato, que es grave y ligero al mismo tiempo, es una rara experiencia.

Y no sólo la alegría. Todo sentimiento profundo, que no tenga que ver con „hacer algo“, sino que requiera concentración y quietud, ha llegado a ser ajeno a la mayoría. La gente quiere estar „contenta“, y entienden por contenta la satisfacción de todos los deseos y la falta de dolor y esfuerzo. Pero este contento, por su mismo carácter, es superficial, no alegre. Excluye la tristeza..., y hacemos todo lo posible por excluir la tristeza, desde evitar „conflictos“ a los hijos, hasta dar un aspecto elegante a un cadáver embalsamado. Sin embargo, quien no haya perdido la capacidad de auténtico sentimiento profundo no podrá por menos de sentirse triste muchas veces. En realidad, el problema de vivir no es el de estar contento, sino el de estar muy vivo. El sentir alegría o tristeza es secundario a sentir viveza.

Mucho más podría añadirse a este cuadro: nuestra incapacidad de estar tranquilos y concentrados, en vez de nuestra manía de estar „haciendo algo“ todo el rato. La confusión entre información y conocimiento, y entre vano intelectualismo y pensamiento penetrante. Y nuestra irresponsabilidad con nosotros mismos y con las generaciones futuras cuando no evitamos la anulación de las ciudades, la contaminación del aire y los ríos y la congestión de las calles.

Por último, hemos de considerar que estamos preocupados siempre por los medios y los útiles, no por los fines; que no nos preguntamos *adonde* vamos, en tanto hayamos encontrado el camino *por dónde ir*. Somos como un conductor de automóvil que tiene la vaga sensación de haberse perdido. En vez de detenerse para darse cuenta de sí mismo y de su situación, de si va por el buen camino, sólo se preocupa de conducir más deprisa y de jugar con el motor para conseguir más velocidad. Parece que no vamos a *ningún sitio*, pero vamos cada vez más deprisa. Este „ningún sitio“ podría ser en realidad la propia aniquilación del género humano. Inventamos armas cada vez más destructivas, sin darnos cuenta de que vamos finalmente hacia la extinción.

¿No queda esperanza? ¿Estamos presenciando el último acto de una tragedia griega, cuando el coro advierte la inminencia de un desastre, pero no puede actuar? Quizá. Pero mientras haya vida, mientras la creatividad humana halle manifestaciones tan hermosas como la literatura, el arte y la ciencia contemporánea, habrá esperanza. La condición para el cambio es ver la realidad objetivamente, sin incurrir en justificaciones, reconocer y eliminar las contradicciones entre lo que hacemos y lo que decimos; y decidir si vamos a estar dispuestos a considerar que el amor es superior al odio, que la fortaleza espiritual es superior al éxito en el mercado y que *ser* es más importante que *tener*.

Hoy, muchos millones de estadounidenses, particularmente jóvenes, se encuentran en un talante de duda y en busca de una forma de vida más razonable. Tienen hambre espiritual y tantean soluciones que les den respuestas. Ni la violencia, ni el LSD, ni la promiscuidad sexual, les ofrecerán soluciones satisfactorias, aunque cada una de manera más o menos retorcida, encierre un núcleo de verdad. En mi opinión, este talante de duda y la disposición a cambiar están más difundidos y son más profundos actualmente en Estados Unidos que en ningún otro país, motivo por el cual quizá sea el más prometedor en cuanto a la renovación espiritual y social.

Tenemos ya a nuestro alcance el „paraíso del consumo“, y muchos sienten que, aunque vayan a poder tener más de lo mismo, eso no los hará más vivos y alegres. Muchos jóvenes están dispuestos a cambiar, pero no están seguros de qué dirección tomar.



Desconfían de todas las fórmulas tradicionales, filosóficas, religiosas y políticas, por sentir justamente que se ha abusado de los ideales tradicionales para defender tanto intereses egoístas como la agresión y que se ha explotado su propio idealismo. Sin embargo, si se corta el lazo con la tradición, ¿adonde irán los jóvenes? No hay sucedáneo para los logros de cinco mil años del espíritu humano. La misión que se nos plantea es reavivar la tradición, rescatarla del lugar donde la han convertido en „instrucción“ estéril y enajenada y aplicarla a los problemas de hoy.

Si no se produce este renacimiento de nuestra tradición humanista, cundirá el fanatismo por doquier. El hombre, sin fe racional, está tan profundamente atemorizado que tiene que odiar, y entonces la única afirmación de sus valores está en la acusación de que sus enemigos carecen de ellos, proyectando al „enemigo“ la propia carencia. Tratamos de afirmar nuestros valores acusando a los comunistas de ser materialistas, etc., olvidando que nosotros somos exactamente igual de materialistas y que no lo seremos menos inventando un demonio, encarnación del mal. El servirse de este mecanismo hace que uno se sienta mejor y no dude de sí mismo, pero elimina toda posibilidad de cambio interior. En este sentido, la cruzada anticomunista, aparte de su peligrosidad política, menoscaba en gran medida nuestras posibilidades de desarrollo humano.

Encontrar una fe nueva, entiéndase en términos teístas o no teístas, no es fácil tarea. No se puede encontrar mediante la violencia ni el odio colectivo. Sólo puede hallarse si tenemos el valor de enfrentarnos con nosotros mismos, sin acusarnos ni acusar a los demás. Pero eso no basta. Hemos de crear una vida que verdaderamente pueda atraer el amor a la vida, no que nos imponga el amor a la muerte. La vida tiene que hacerse muy interesante para el individuo, no que sirva sólo para ganarse la vida. Para ello hace falta que cambien radicalmente, no sólo nuestros valores reales, sino también nuestra estructura socioeconómica. Los fines económicos, el lucro y la „organización“ tienen que dejar de ser los señores del hombre y hacerse sus servidores.